



AUTONOMÍA RELATIVA

Juan Ignacio Zavala

## Esferas navideñas

**L**a época navideña suscita sentimientos diversos en la gente. No para todos es época de felicidad y convivencia fraterna. Hay quienes se deprimen nada más ver el arbolito con sus luces de colores; otros que al escuchar un villancico salen corriendo en busca del arma que termine con su vida o con el canto mortífero.

Para unos son incomprensibles los seguidores de *Scrooge*, o del *Grinch*, y se preguntan respecto de algún compañero o familiar con esas características: ¿por qué odia las posadas?, ¿por qué no quiso entrar al intercambio? Pobres de sus hijos. ¿Viste que no bailó?, ¿para qué vino?, estubo cinco minutos y se fue. Por amargados, se contestan ellos mismos, no tienen espíritu navideño.

Del otro lado aparece el odio en su manifestación decembrina. Detesto la Navidad, dicen de entrada, para luego continuar: ¿cómo es posible que no se sientan patéticos cantando la posada?, ¿no tienen sentido del ridículo los adultos que le pegan a la piñata? Yo, cuando quiero vomitar, tomo ponche o *fruitcake*; los villancicos son un magnífico aliciente para el suicidio; me aterran los Santaclós en la calle; odio el pavo; me encanta patear Nochebuenas; ¿cómo pueden ser tan falsos y darse abrazos y regalitos? Esta es otra farsa gringa que hemos adoptado de manera ramplona; me urge que acabe la Navidad, dicen, con toda seriedad.

Sin embargo, parece difícil para unos y otros escapar del inefable intercambio de regalos. Para los niños y los que gustan de la época, los días previos son de franca emoción. No solamente gozan esperando el regalo que les tocará, sino que su bondad y emoción los llevan a disfrutar el ir a comprar el regalo de quien les tocó.

Para quienes padecen los días navideños, el intercambio se presenta como la oportunidad de consumir la revancha, de envolver la venganza y ponerle moño. Deshacerse de algo que no les gusta o simplemente disfrutar de la cara de frustración de quien recibe el obsequio.

En el intercambio afloran sentimientos poco navideños. Hay quienes comparan el regalo que les tocó con los de los demás participantes, calculan el precio, si fue oferta o no; tratan de recordar si vieron el mismo regalo el año pasado, comparan lo recibido con lo entregado. También están los que verdaderamente regalan lo que se les ocurre, no les importa quién les tocó, solamente salir del embrollo. Son los que regalan un florero, el cuadro de un velero o cosas por el estilo.

En el caso de los niños, los papás toman parte. Recuerdo que en una ocasión, a uno de mis sobrinos —que literalmente come y bebe fútbol— al que lo más fácil era regalarle una pelota o una camiseta de algún equipo, le dieron un libro de los animales salvajes. Todos vimos la cara de desilusión del niño, que no le pegó al que le dio el regalo porque se trataba de un bebé. Al año siguiente en el intercambio de los adultos, el papá del futbolista regaló al papá del bebé un libro con dibujitos de la Biblia. La venganza es un plato que se sirve frío, aunque sea en Navidad.

No me queda más que deseárselo a los lectores suerte en el intercambio, y una feliz Navidad. ■ M

[juanignacio.zavala@milenio.com](mailto:juanignacio.zavala@milenio.com)

**Para quienes padecen los días navideños, el intercambio se presenta como la oportunidad de consumir la revancha, de envolver la venganza y ponerle moño**

